

LA PASCUA EN EL ATARDECER DE MI VIDA

Vitoria-Gasteiz, 10 de marzo de 2026

Introducción. Situamos el retiro.

a. El Retiro está programado para la Residencia; y es bueno saber los que estamos en ella, para entender la elección del tema. Los residentes somos 52; 7, no llegan a los 80 años; la mayoría, 31, está entre los 80 y 90; y 14 nos adentramos en los 90.

Destinatarios: He considerado tres títulos: «*La Pascua en el atardecer de la vida; de nuestra vida; de mi vida*». Me decido por el tercero. No me considero maestro de nadie; y el retiro me lo he dirigido a mí, que estoy en el final del atardecer. No sé si la reducción de destinatarios, de serlo todos a serlo yo solo, es acertada o no, pero me ha dado libertad.

b. Debe estar claro, desde el principio, que no se trata de poner ahora notas de Pascua a mi atardecer, como si la Pascua fuera creación de cada uno. No se trata de colgarnos al final notas de Pascua. La Pascua en nosotros viene muy de atrás:

◆ **Parte del Bautismo:** «*Sepultados con él en el Bautismo, con él también habéis resucitado por la fe*» (Col 2,12).

◆ **Cuenta con la Ordenación.** Consagrado sacerdote de Cristo, muerto y resucitado, para un ministerio de Pascua.

Así se explica que es la Pascua la que nos acompaña de forma muy activa a lo largo de la vida personal y ministerial. No se puede entender al sacerdote sin Pascua. Tratamos pues, ahora, del atardecer de quien vive la Pascua.

Nos vendría muy bien tener hecho el proceso que la Pascua ha tenido en nosotros. ¿Qué fuerza ha tenido la vivencia de la Pascua en mi vida? ¿Qué datos tengo? No lo dejemos en el olvido; es una referencia necesaria para entender nuestro momento de Pascua hoy, en el atardecer de la vida.

c. Es obvio, pues, que ahora nos planteemos la Presencia de la Pascua en el atardecer de la vida. Os adelanto que en el atardecer de nuestra vida se vive mucho, y es vida de Pascua.

Centramos la pregunta: ¿Qué presencia tiene la Pascua en el atardecer de mi vida? ¿Qué me aporta? ¿Qué me da?

1. Vivir la Presencia de Amor del Resucitado

No cabe duda de que es un gran regalo atardecer en la Presencia de Amor del Resucitado; y, en cambio, tiene que ser duro atardecer en su ausencia.

Este planteamiento no nos pilla en ayunas: tenemos leído que el cristianismo es religión, no tanto de libro, como de **Presencia**. Me llamó la atención y lo tengo presente, estando atento a sus Presencias. Esto hoy es fundamental para mí. Pero evitemos equivocaciones: su Presencia de Amor se nos da.

Veámoslo:

- ◆ *Jesús muere por amor*. El texto base, imprescindible es: «*Me amó y se entregó a sí mismo por amor*» (Gl 2,20; le acompañan: Ef 5,2 y 25; 2Cor 5,14). Pero hay más: entregarse por amor incluye el **rescate** (Mc 10,45; Gl 3,13; 4,5; 1Pd 1,19) cuyo contenido impresiona.
- ◆ *Jesús resucita, y está presente* de forma activa y transformante. Su Presencia es de amor. (Lo vemos en las narraciones de sus apariciones en los Evangelios).
- ◆ Somos en su Presencia de Amor. Lo aceptamos muy gozosamente, pero es necesario precisar nuestra participación en dicha Presencia de Amor. Fijémonos: No basta con **saber** que Cristo en la Pascua nos ama; hace falta más: **saberse amado** por el Resucitado; **sentirse amado** por Él (Trapa en Chile). (Subrayo lo que acabo de afirmar conociendo la Nota doctrinal de la Comisión para la Doctrina de la fe «*Cor ad cor loquitur*»).

La Pascua nos da un final de amor, aun con dolor y sufrimiento.

2. No tener miedo a la noche en el atardecer de la vida

Salta a la vista que el atardecer y la noche están relacionados. Todo atardecer nos anuncia la noche y nos introduce en ella.

Contamos, también, con que se ha echado sobre nosotros una noche cerrada de dificultades. Los problemas no van a menos, y no se les ve fácil salida. Nos unimos al grito en Isaías (21,11):

«Centinela, ¿cuánto queda de la noche?»

¿Qué respuesta cabe?

¡En la noche, la Pascua!

- ◆ Así fue la Pascua de los Israelitas en Egipto: «*Yo pasaré por la noche*». Es el paso de Dios que salva (Ex 12,12-14).
- ◆ La Pascua de Jesús fue en la noche: «*En la noche en que Jesús fue entregado*» (1Cor 11,23).
- ◆ Nuestra Pascua se celebra en la noche; y en ella se canta: «*Noche Santa*»; «*Noche de gracia*»; «*Noche dichosa*».

- ◆ El himno de Vísperas del martes de la II semana repite: «*La noche es tiempo de salvación*».
- ◆ *Creemos: Cristo ha resucitado. «¡En la noche, Pascua!»*

Dos preguntas:

a. ¿Qué le da la noche a la Pascua?

La noche da a la Pascua su reconocimiento, su verdadera imagen; nos hace ver lo que es, su identidad.

- ◆ Si la Pascua es **Luz**, se hace notar en las tinieblas.
- ◆ Si es **Vida Nueva**, se reconocerá donde hay muerte.
- ◆ Si es **Amor**, sobresaldrá entre el desamor.
- ◆ Si es **Filiación**, se hará notar en medio de la esclavitud.

b. ¿Qué le da la Pascua a la noche?

Hay muchos tipos de noches: la oscuridad de la fe; la oscuridad de vivir a la intemperie; la oscuridad de la edad; la noche de la fidelidad (Getsemaní).

La Presencia de la Pascua le da a la noche: certeza; sentido; orientación; amor.

No tengamos miedo a la noche, ¡Pascua! ¡Salvación!

- ◆ San Juan de la Cruz nos dice: «*Que bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche*».
- ◆ El poeta Luis Rosales: «*De noche, de noche iremos / que para encontrar la fuente / solo la sed nos ilumina*».

3. El «ya» y el «todavía no» a un tiempo, al final

Desde la Encarnación podemos entender mejor nuestra existencia. El Verbo Encarnado rompe la incompaginabilidad entre el tiempo y la eternidad: lo eterno entra en el tiempo, y abre el camino para que lo temporal entre en lo eterno con la Resurrección.

Desde esta clave se entiende:

a. Que en el tiempo vivimos de la eternidad y para la eternidad. Estamos en el tiempo viviendo de la eternidad —de la Trinidad— y para la eternidad: «*Vuestros nombres están escritos en el cielo*» (Lc 10,20). Nos suena bien el canto: «*Ciudadanos del Cielo, moradores de la Casa de Dios*». Y tenemos muy presente lo que Jesús dice al Padre: «*Ellos **están** en el mundo... Ellos **no son** del mundo, como yo **no soy del mundo***» (Jn 14, 11-16).

b. Es precisamente en el atardecer de la vida donde más se nota el cambio de estar más en lo eterno que en lo del tiempo. Me interesa lo que sucede, pero ya no me acapara, no me centro en ello.

c. La experiencia más honda del «**Ya**» de la Pascua y el «**todavía no**» del atardecer en el tiempo la tenemos al final, cuando se juntan tanto

que nos hacen estar en la desembocadura de la vida como un río que llega al mar, con la sensación del «**Ya**» definitivo y completo en Cristo.

4. El desprendimiento y la ayuda de dependencia en el atardecer de la vida

El hecho es claro: el desprendimiento en el atardecer de la vida tiene — con formas distintas— un carácter peculiar. Ya no soy yo quien me desprendo; son los demás quienes te van dejando; se desprenden de ti; no les sirves; no cuentan ya contigo. Pero queda algo a nuestro cargo: desprenderte de lo que te han desprendido y no hacer por recuperarlo.

Además, el desprendimiento puede estar ahora en la misma aceptación de la ayuda de dependencia, que es necesaria, pero que nos contraría. El desprendimiento propio del atardecer de la vida es progresivo y no se detiene.

¿Qué da la Pascua al desprendimiento?

- ◆ *Da sentido al desprendimiento sin rebajarlo.* Tengamos muy presente que se trata del desprendimiento final, el que prepara el nuevo nacimiento en Dios que se da con la muerte. El desprendimiento es progresivo que conlleva una liberación real.
- ◆ *Nos pone amor y agradecimiento.* Este desprendimiento debe vivirse con amor y terminar en acción de gracias, viéndolo como preparación al paso siguiente, que es gracia. *¡Bienvenida preparación al Nuevo Nacimiento, a la participación plena de la Pascua!*

5. «Los demás» en el atardecer de la vida

a. La fundamentación nos es muy conocida y es firme.

- ◆ Sabemos que el «**por los demás**», el «**por nosotros**» en la Cruz es la confirmación de la «**pro-existencia**» de Jesús (Jn 15,13; Gl 2,20; Ef 5,2; 1Jn 3,16; 1Pd 1,18-19).
- ◆ Nos dice mucho el lugar que los discípulos ocupan en Jesús al final de su vida, en su despedida (Jn 17, 1-26).
- ◆ Este tema nos toca a nosotros de lleno: el «**pro eis**» nos ha configurado desde el Seminario; hemos seguido con fidelidad que «*la Misión está por encima de todo*»; y nos acompaña: «*en Cristo soy para los demás, y lo mío no cuenta*».
- ◆ Es obvio, pues, que «lo de los demás» en el atardecer de la vida no quede marginado, sino que se vea reforzado.

b. ¿Cómo se puede conseguir que «lo de los demás» no decrezca, sino que vaya a más?

- ◆ **Con la oración de intercesión.** Detengámonos en este punto: 1) Vaya por delante la preciosa oración de intercesión de Abraham por Sodoma y Gomorra: «*No se enfade mi Señor: ¿y si se encuentran allí diez justos?*» (Gn 18,22-32). 2) Recordamos que en Jesús la intercesión está presente (Jn 17,1-26; 1Jn 2,1; Rm 8,34; 1Tm 2,5-8; Hb 7,25-27). 3) Está presente en la Iglesia (Hch 12,5; 20,36; 21,6; 2Cor 9,14). 4) Dato a no olvidar: Al ordenado sacerdote le corresponde el ministerio de la oración; y aquí entra la oración de intercesión; es de su ordenación (Cf. S.G. «Presbítero, maestro de oración», Surge 2002, 3-16). 5) Y añadimos que la oración de intercesión es muy propia del mayor, del sacerdote mayor.
- ◆ **Con la actitud de ser disponible permanente para el servicio.** Siempre se puede dar un más en la vida. «Los demás» mandan.
- ◆ El mejor servicio que un sacerdote mayor puede ofrecer a los que conoce, trata o acompaña está en que vean a su cura, en su atardecer, viviendo con tono de Pascua; siendo **esperanza en camino**. Así nos lo dice este texto de Laudes del Oficio de «Pastores»: «*Acordaos de vuestros dirigentes que os anunciaron la palabra de Dios; fijaos en el desenlace de su vida e imitad su fe*» (Hb 13,7). Subrayamos la importancia de nuestro «desenlace».

«Los demás», siempre presentes en el sacerdote

6. La misericordia, más presente que nunca, en el atardecer de la vida

En el atardecer de nuestra vida la misericordia se hace especialmente presente. Es el momento en el que se ve con claridad que lo que hemos hecho está perdiendo valor, si no lo ha perdido del todo; pero el pecado, en cambio, no cae en el olvido. Y hago mío lo del salmo 50:

«Tengo siempre presente mi pecado».

¿Es bueno, es correcto, tener al pecado tan presente?

Es evidente que es buena su presencia, pero depende del cómo le hagamos presente. No es bueno hacerlo de forma escrupulosa; en cambio, es bueno si su presencia se da junto con la vivencia de la Misericordia de Dios, amor de perdón, que es la Pascua del Señor. Vivir su Misericordia en la memoria de mi pecado es muy bueno, es participar de su Pascua.

¡Cuánta paz me está aportando, ante el final de mi vida, la frase de San Bernardo: «**Mi único mérito es su misericordia**». Está claro: No me salvo por mi justicia, sino por su Misericordia. El remate lo he tenido en Miqueas 7, 18: «*A Dios le gusta la misericordia*».

7. La cruz en el atardecer de la vida y la Pascua

- ◆ Es común afirmar que en el atardecer de nuestra vida se acentúa la cruz o que la sentimos más. Me llama la atención este texto del himno de Laudes de la I semana: «*Que cuando llegue el dolor, / que yo sé que llegará, / no se enturbie el amor / ni se nuble la paz*».
- ◆ Es un hecho que hemos crecido bajo el signo de la Cruz: en la cuna, era la madre quien nos hacía la señal de la Cruz, y antes de asistir a la escuela, sabíamos «*hacer por la*», y teníamos que demostrarlo ante las visitas que llegaban, después de habernos presentado con: «este ya sabe *hacer por la*». Llevamos la Cruz tan dentro que nos parece que es nuestra. Además, hemos sido testigos de grandes sufrientes, con referencia viva a Cristo en la Cruz.
- ◆ El mismo *Ministerio sacerdotal* «*en su nombre*», es decir: *en su Comunión*, nos ha llevado a integrar la Cruz en nuestras vidas, hasta plantearnos ser «*Víctimas con Cristo Víctima*»; y el *Ministerio para los demás* nos ha pedido y nos pide sintonizar con ellos, también en el sufrimiento. No olvidemos nunca que la comunión de amor lleva a la comunión de cruz. «**Señor, hazme sitio en tu Cruz**» es la oración de una contemplativa.
- ◆ ¿Y en nuestro atardecer, camino de nuestra Pascua? Sabemos muy bien que no hay Pascua del Señor sin la Cruz (Jn 15,13; Gl 2,20; Ef 5,2; 1Jn 3,16; 1Pd 1,18-19) y, en nosotros, la cruz es propia de la Pascua en la que ya nos vemos entrar. No tenemos Pascua sin Cruz; contemos con la cruz.

8. La afectividad en el atardecer de la vida y la Pascua

- ◆ Puede parecer que referirnos ahora a la afectividad es pasar a un punto secundario. Pero no es así: la afectividad es el motor de la vida. Tengamos muy presente que **nuestra Vida en Cristo** no es más que vivir en Él el Amor de Dios; y en su Amor, ser amor a todos. Según esto, el proceso de la vida cristiana está en el proceso de nuestro amor en su Amor. Me gusta esta afirmación: «Envejecer sacerdote es crecer en amor».
- ◆ ¿La afectividad en nuestro atardecer? La veo de gran riqueza: potenciada, no debilitada; segura; libre y generosa —sin posesión alguna—; abierta a todos. Su explicación está, en primer lugar, por la liberación que le ha supuesto el desprendimiento tan radical que ha vivido y está viviendo; y se explica, además, por la relación progresiva con Dios Amor, que polariza.

La ancianidad es un tiempo rico en afectividad. Es una presencia muy viva de Pascua. Es la pleamar que entra en el cauce del río de nuestra vida en su desembocadura.

9. La Iglesia en el atardecer de la vida

Es un hecho muy claro que, al menos en nuestro mundo occidental, la pérdida de credibilidad en la Iglesia es notable. Y en un contexto más cercano hay sufrimiento por su funcionamiento y organización. Es voz común que la Iglesia está necesitada de renovación y de purificación; y claro está, nosotros en ella.

Pero esta situación no niega la relación entre la Iglesia y Cristo; no la deja de lado, sino que la tiene muy presente, la necesita. Mantenemos que la relación entre la Iglesia y Cristo es estrecha e imprescindible.

a. ¿Cómo lo sabemos?

Subrayamos estos aspectos tan básicos como elementales:

- ◆ Cristo y la Iglesia son inseparables. No es de recibo: Creer en Jesucristo y no creer en la Iglesia de hoy. Creer en Jesucristo es creer en su Iglesia, la que es.
- ◆ En la definición de la vida cristiana debe entrar la Iglesia. Fue un acierto que, en el Manual de Teología Espiritual que escribí, el tema de la Iglesia no quedara para el final, sino que al cap. III: «*La vida cristiana. La vida en Cristo*» le sigue el cap. IV «*La vida cristiana. La vida en la Iglesia*».
- ◆ Hay más. Mi fe es la fe de la Iglesia, que es la que la Iglesia celebra; y la mantengo con agradecimiento. No celebro lo que yo he llegado a creer, sino que creo lo que celebra la Iglesia. Me dice mucho la oración del sacerdote que preside la Eucaristía, después de recitar el «Padre nuestro», «**No tengas en cuenta nuestros pecados, sino la fe de tu Iglesia**».

b. ¿Cómo se vive la Iglesia en el atardecer de la vida?

La respuesta es sencilla:

- ◆ **Agradeciendo** lo mucho que estamos recibiendo de la Iglesia. **Soy y vivo cristiano en Ella.**
- ◆ **Sufriendo** los déficit de relaciones y de funcionamiento que están a la vista.
- ◆ **Orando** con corazón, incesantemente.
- ◆ Si puedes dar tu palabra, no dejes de darla; pero no te olvides del desprendimiento a vivir, que la experiencia te lo recuerda.

10. La Eucaristía en el atardecer de la vida

- ◆ No nos sorprende que se pregunte sobre este hecho muy común de que el sacerdote mayor, muy mayor, sea muy partidario de la Eucaristía. Como tampoco nos sorprende que la respuesta tienda a interpretarlo por la costumbre —con su punto de rutina— y por una formación pasada.

- ♦ Mi respuesta es otra. El sacerdote, en el atardecer de su vida, va a la Eucaristía **por sintonía**.

El sacerdote muy mayor, en medio de su deterioro «cuerpo partido y sangre derramada», ve en la Eucaristía —que es: «*Cuerpo partido y Sangre derramada del Señor por los demás*»— la culminación de toda su vida sacerdotal:

«ser eucaristía en la Eucaristía del Señor».

11. María, Madre, en el atardecer de la vida

¡Qué acierto tuvo la madre cuando, siendo muy pequeño, de pocos años, me llevó de la mano a Estíbaliz para ofrecerme a María, rogándole que no me dejara de su mano, que nunca me ha faltado.

En la etapa final, en cada momento nuevo en el que nos vamos encontrando, a la llamada: «¡**Madre!**» ha seguido su inconfundible «¡**Hijo!**».

12. «La Comunión de los santos» en el atardecer de la vida

No lo desarrollamos. Dejamos constancia de que es un punto importante en el final de la vida. Es el momento de pensar en los que ya me esperan.

Gracias.

Satur